

# Pablo Montoya una lectura

ROBERTO  
BURGOS CANTOR

**P**ablo Montoya Campuzano ha asediado sus incertidumbres con una baraja ambiciosa que demarca y amplía sus territorios: ensayos literarios, textos sobre músicos y músicas, mapas de viajeros, cuentos y novelas. Lo ha hecho con un rigor incansable y con la constancia de mostrar horizontes sin las servidumbres de la facilidad y la repetición cómoda y agotadora.

Parecería que las intuiciones reveladoras de la poesía le permiten sacudirse los artificios de la actualidad. Allí anida una virtud admirable del escritor.

Quizá el lector, ese lector invocado con diversas adjetivaciones en tantas obras, y en otras apenas una sombra discreta para el regocijo o el guiño, para el homenaje o el juego literario, aprecie las huellas, más que indicaciones, que el autor deja.

En la más reciente de sus novelas, *Tríptico de la infamia*, Montoya Campuzano pone en el núcleo algo que constituye uno de sus riesgos y que bajo diversas maneras se había asomado en novelas anteriores: la presencia de hombres de ciencia y artistas en un escenario desmadrado por el horror de las intolerancias, por la inconciencia de las muertes. La poderosa intuición artística del autor rescata allí una original sobrevivencia de la belleza, la convulsiva belleza deseada por los surrealistas.

Esta presencia en las narraciones arroja un doble efecto para el texto. Le confiere un aliento de tiempo presente; se puede compartir, aunque venga de la hondura de los siglos. Y también desembruja al paisaje del hechizo que acuñaron novelas anteriores en su

Pablo Montoya, como los nuevos jóvenes artistas visuales que descubren el paisaje, [...] ha desembrujado esa opresión vegetal para rescatar la vida y la historia, el instante de presente que la vanidad humana reduce a los minutos de un reloj de pulso.

reverencia por la naturaleza como desconocimiento y asombro. Es decir, el exotismo de tarjeta postal.

Las huellas que pone el escritor son parte de la estructura de sus textos. No hay gratuidad. Aquellas no siempre se entienden en esta significación.

Rendir gratitud a un autor, a un libro o a unas palabras cuyo efecto o vínculo con el texto al cual anteceden es algo que permanecerá secreto. Subrayar una filiación o parentesco que se quiere hacer reconocible; o hacer un guiño al lector sobre una posible clave; o reafirmar con elementos de la tradición personal una búsqueda y opción tomadas. ¿Quién sabe en cuántas ocasiones, por seguir un inexplicable destello, tan propio de la poesía, se recibe la apariencia de algo arbitrario?

Huella o pista, saludo o invocación, allí está, a veces, desde el pórtico de la novela o los cuentos, una generosa clave.

En alguna de las novelas de Pablo Montoya, mientras se distancia del resignado lamento de José Eustasio Rivera y el imperativo moral y quizás estético de Ricardo Piglia, pone un epígrafe. Despertó mi curiosidad y solo me fue permitido descifrarlo una vez concluidas las páginas de esa riesgosa, interesante y provocadora novela.

Se trataba de una línea de Albert Camus, de quien por cierto Pablo Montoya se ocupará en algunos de sus ensayos. Allí asoma la ética que rechaza la eficiencia y se apega a la ilusión como negación de la miseria. Escribió Camus: Si quiero escribir sobre los hombres, ¿cómo apartarme del paisaje?

Es esta, la decisión del epígrafe, la primera temeridad que recibe el lector del novelista.

Temeridad por cuanto el código del paisaje en nuestra América ha logrado sustituir su complejidad por la exaltación de un exotismo que deslumbra y oculta lo humano. La naturaleza como imperio y regente que devora voluntades, saberes, sentimientos, tensiones de la vida. Como si esa naturaleza tan representada por el abigarrado mundo vegetal de la selva careciera de aquello que significó el buque para los viejos misterios del mar.

Entonces Pablo Montoya se enfrenta a la intuición de Camus, alejada de las convenciones de la antropología, y la retoma, o la percibe después de escribir, y replantea las acepciones clásicas de paisaje. Ya se sabe: extensión de terreno que se ve desde un sitio. El novelista escoge su sitio desde el cual otear. Este se constituye en materia de indagación, cuento, conjetura y visibilidad. Desde su exceso o su precariedad, el paisaje deja de ser decorado, viejo cortinaje.

A lo mejor el lector encontrará que en ese aspecto importante de la narrativa moderna, la escogencia del detalle, Montoya selecciona qué de aquello que mira él ve.

A lo mejor una historia de Chesterton ayude a mostrar lo que hace el novelista.

En la mañana de un domingo londinense, el señor Chesterton sale al campo con sus bártulos de pintura. La ayudante doméstica, mirona y solidaria, constata con las preguntas si lleva lo necesario, si se ha abrigado bien, y cuándo regresará a comer.



Al anochecer el señor Chesterton vuelve a casa. El ama de llaves lo recibe y le recibe caja, rollos, asiento portátil, trípode y abrigo. Se le nota la expectativa por ver lo que el señor pintó. Chesterton, condescendiente, desenvuelve el lienzo y lo extiende frente a ella. La mujer queda indiferente, casi decepcionada. ¿Qué ve? Una figura sin forma, una mancha de color rojo intenso. Logra hablar y le dice: Mi señor, usted ha estado el día entero a la intemperie en la campiña, ¿para eso, apenas para eso? Y Chesterton le replica: Vi una vaca, la veía desde sus cuartos traseros, apenas rumiaba sin cambiar de posición, yo la miraba y lo que le vi desde el culo fue el alma y la tenía ¡toda roja!

Pablo Montoya, como los nuevos jóvenes artistas visuales que descubren el paisaje, Nelson Vergara, o que vuelven fugitivo el territorio, Mario Opazo, ha desembrujado esa opresión vegetal para rescatar la vida y la historia, el instante de presente que la vanidad humana reduce a los minutos de un reloj de pulso.

Una ambición como la del novelista Montoya requiere de un poder descriptivo escueto. Y esto no es un voluntarismo injustificado de narrador. Por el contrario, tiene que ver con los fundamentos de su estrategia narrativa.

Así se acerca a un fresco o mural de hoy, donde la aventura de sabios y artistas es un vagón en la ruta de las transformaciones sin etapa de llegada de la vida colombiana y americana. Ese vagón, jalado por las

máquinas de las revueltas y las destrucciones, hace un paralelo con las rebeliones recientes.

En los asaltos que implica el encuentro con la forma, el autor apela a diversos mecanismos: el relato en tercera persona, el diario, las cartas, los apuntes, la conciencia del narrador. Estos no generan agotamiento, pero sí le permiten al autor un texto que asume los retos de su tiempo y esclarece, mediante las virtudes de la ficción, los espejos engañosos de la época y salva de las trampas de la realidad cercana. Una perspicacia dedicada logra un equilibrio fino y sutil. Así como los personajes que encarnan científicos y artistas, Pablo Montoya describe, dibuja, traza esqueletos de las plantas, y ahonda, cual fotógrafo, testimonios de muertos y de guerras.

En el diseño de Montoya de ver el alma, o de invocarla, son de la mejor ley los anacronismos que potencian personajes y situaciones históricas, traídas no para una exhibición de erudito sino para acrecentar la gracia de las novelas y su vocación de clarividencia. ■

Roberto Burgos Cantor (Colombia)

Escritor. Entre sus publicaciones se encuentran las novelas *El patio de los vientos perdidos*, *El vuelo de la paloma*, *Pavana del ángel* y *Ese silencio*, y los libros de cuentos *Lo Amador*, *De gozos y desvelos* y *El secreto de Alicia*. Recibió el Premio Jorge Gaitán Durán, otorgado por el Instituto de Bellas Artes de Cúcuta y el Premio de Narrativa José María Arguedas de Casa de las Américas. Finalista del Premio Rómulo Gallegos por la novela *La ceiba de la memoria*.